

Discurso del Señor Comandante en Jefe del Ejército, General de Ejército Don Guido Manini Ríos pronunciado en el acto conmemorativo por el 207º aniversario de la creación del Ejército Nacional.

En primer lugar, quiero resaltar la presencia hoy, entre nosotros, de las máximas jerarquías de los Ejércitos de la región. Es una demostración más, de que tenemos bien claro la impostergable necesidad de una efectiva integración de nuestras patrias hermanas, como única forma de enfrentar los desafíos del momento y amenazas que son comunes a nuestras Patrias. Somos conscientes de que, si algún día queremos ser protagonistas de nuestra historia, sujetos de nuestra historia, no será divididos o enfrentados que lo lograremos, sino desde una posición común que haga que nuestra voz se escuche y se respete. Por eso, Señores Comandantes, la importancia que para nosotros tiene vuestra presencia en este acto.

Un 18 de Mayo, hace ya 207 años, en el campo de Las Piedras, se producía la primera victoria de las armas de la revolución en nuestro suelo. Ese día, se consolidaba el liderazgo del entonces Teniente Coronel José Artigas, que habría de marcarle el camino a su pueblo durante la siguiente década. Ese día nacía el sentimiento de orientalidad, que se profundizará en las épicas jornadas del Éxodo. Ese día, nació el Ejército Nacional, indisolublemente unido al destino de su pueblo. Ese día, en cierta forma, nació la Patria.

Desde entonces, Artigas guió a su pueblo en armas en defensa de un proyecto auténticamente revolucionario, de alto contenido social. Para derrotarlo, sus enemigos debieron recurrir al invasor portugués, muy superior en efectivos y medios, fogueado en las guerras contra Napoleón en Europa y armado por la poderosa Gran Bretaña. Pero fue entonces que el caudillo logró su mayor hazaña militar, al conducir una verdadera resistencia nacional, transformando la fácil conquista prevista por los enemigos en una guerra sin cuartel que duró tres años y medio. Con el espíritu de lucha y sacrificio que da la justicia de una causa superior, los soldados artiguistas regaron con su sangre el territorio de la Patria, mostrando al mundo el coraje de una raza que se negaba a sucumbir bajo la dominación extranjera.

Dos siglos han transcurrido desde entonces. El Ejército fue, en todas las épocas, actor esencial en la vida del país. Fueron sus hombres los que en el campo de batalla decidieron la existencia misma de la Patria. En el acierto o en el error, la Institución acompañó las vicisitudes de nuestra historia. Todos los gobiernos, desde el primero instalado en 1830 hasta el presente, han tenido en el Ejército la garantía imprescindible para la aplicación, en todo el territorio nacional, de lo establecido en nuestra Constitución y en nuestras leyes.

Hoy, ese mismo Ejército cumple diversas misiones al servicio del Estado y su población, incluyendo, entre otras, su papel protagónico dentro del Sistema Nacional de Emergencias, la seguridad exterior a los principales recintos carcelarios, el continuo aporte al esfuerzo educativo nacional, a la atención de salud, a las obras públicas, su apoyo a la política exterior del país o su activa presencia en nuestras fronteras, que será incrementada una vez aprobada la ley que actualmente tiene media sanción en el Parlamento.

Pero la principal misión que nuestra Constitución y nuestras leyes le asignan al Ejército Nacional es la defensa de la soberanía del país, de su integridad territorial y sus recursos estratégicos. Para ello, en base al esfuerzo diario de sus integrantes, se prepara una fuerza disciplinada, cohesionada, encolumnada tras sus mandos naturales, que busca actuar con eficacia y eficiencia, haciendo el mejor uso de los siempre escasos recursos disponibles. Una fuerza en condiciones de asumir una auténtica política de defensa nacional que incluya a todos los orientales, que se inspire en aquella resistencia artiguista de un invasor infinitamente superior, que sea capaz de disuadir cualquiera amenaza, sea esta de una agresión externa, de una acción terrorista, o de cualquier organización que pretenda desconocer nuestro Estado de derecho.

Decía José Enrique Rodó *“no hay pueblo débil, sino el que se rebaja voluntariamente a serlo, porque la fortaleza de los pueblos se mide por su capacidad para la defensa.”* En línea con este pensamiento, creemos que solo a partir de un Ejército de pie, seremos capaces de implementar una verdadera política de Defensa que preserve la dignidad Nacional.

Los uruguayos en general, los militares en particular, nos preciamos de ser artiguistas. Pero ¿qué significa ser artiguistas en pleno siglo XXI? Por cierto, que no solamente evocar al Prócer en cada fecha patria, o repetir alguna frase extraída de sus documentos.

Ser artiguista hoy implica antes que nada el compromiso con el proyecto por el que Artigas y su pueblo pelearon. Ser artiguista hoy es estar cerca de la gente, particularmente de los más frágiles, es luchar por brindarles oportunidades a todos los uruguayos y condiciones dignas de vida, es ocupar un puesto de lucha en la batalla más importante y más urgente que hoy debemos librar: el combate frontal a la marginalidad social y cultural que cada vez afecta más la convivencia entre los uruguayos y que día a día se lleva vidas y esperanzas.

Ser artiguista hoy implica no renunciar a la defensa de nuestro suelo, significa negarnos a ser meros ejecutores de una agenda, de un libreto elaborado en otras latitudes, generosamente financiados por los centros de poder mundial que busca fragmentarnos, que busca tribalizarnos, que busca debilitar o destruir a nuestras

Instituciones, que busca dejarnos inermes, dejarnos indefensos ante cualquier agresión.

Creemos sinceramente que existen muchos orientales fieles al proyecto artiguista, pero también creemos que los enemigos de su causa, los Sarratea, los Alvear, los Pueyrredón, los hombres de casaca acostumbrados a decidir entre cuatro paredes los destinos de los pueblos, también existen y, al igual que hace dos siglos, mantienen la esperanza de encontrar un príncipe extranjero para coronar.

Para formar verdadera conciencia artiguista, el Ejército Nacional apuesta fuertemente a la educación de sus integrantes. En su estructura educativa de nivel básico, secundario y terciario, pasan anualmente más de cuatro mil alumnos, que se preparan teniendo siempre como referencia el ideario de nuestro primer Jefe. Además, la Institución recibe año a año a unos 2.000 nuevos integrantes que en sus filas se forman como ciudadanos y adquieren capacidades que le permiten brindar el servicio que la sociedad y la Patria les requiere.

Hemos construido e inaugurado a principios del mes de marzo el Liceo Militar en Tacuarembó, llevando este prestigioso instituto secundario al corazón del norte del país. Damos así respuesta a una creciente demanda por una educación basada en valores positivos, en la disciplina, en el espíritu de sacrificio y en el ideario de nuestro prócer, todas ellas herramientas esenciales para la formación de nuestros futuros ciudadanos.

Hemos implementado los denominados talleres de formación ciudadana, en los que se les da oportunidades a los hijos de nuestro personal, introduciéndolos en el conocimiento de oficios. Empleamos para ello nuestras instalaciones y los especialistas que disponemos. Prevemos extender la oferta a los vecinos de nuestros cuarteles ubicados en la periferia de Montevideo y en capitales y ciudades del interior.

Hemos realizados convenios con el Congreso Nacional de Intendentes, con la Universidad de Trabajo del Uruguay, con la Cámara de la Construcción, para la formación de civiles en el empleo de maquinaria vial, albañilería, quinchado, etc. Colaboramos así con el esfuerzo educativo Nacional en el entendido de que ese es el único camino para evitar el ensanchamiento de la fractura social que impide a muchos orientales acceder a oportunidades que les permita transitar en la vida con dignidad.

Creemos que un capítulo muy especial merece nuestra participación, en las Misiones Operativas de Paz. En el último cuarto de siglo, nuestros batallones han sido desplegados en algunos de los lugares más conflictivos del mundo, como Camboya, Mozambique, Angola, Congo y Haití. Países sumidos en guerras y conflictos interminables, a veces alentados por poderosas organizaciones que lucran con la inestabilidad que ellas mismas crean, extrayendo a precio vil las riquezas del lugar.

Es precisamente en la República Democrática del Congo que hoy tenemos desplegado al Batallón Uruguay IV. Las operaciones que allí cumplimos son de características netamente militares, que requieren para su ejecución, organización, preparación, entrenamiento, armamento y medios militares. Comprenden entre otras la seguridad de convoyes, acantonamiento de guerrilleros desmovilizados, neutralización de grupos criminales que desafían al proceso electoral y la protección a una población civil totalmente indefensa ante el accionar de bandas armadas que buscan controlar el territorio y han perpetrado, hace no mucho tiempo, verdaderos genocidios, en los que muchas veces están presentes ancestrales odios tribales de origen étnico. Estas operaciones se cumplen amparadas en el marco legal que proporciona la Organización de las Naciones Unidas, que contempla el uso de la fuerza en todas sus dimensiones.

El pasado 5 de agosto, efectivos de nuestra compañía Delta liberaron una localidad de treinta mil habitantes llamada Vuyinga, ubicada en la región noreste de Congo, que había sido tomada por un grupo de guerrilleros. La aliviada población local agradeció emocionada a unos desconocidos hombres blancos que en sus brazos llevaban una banderita a franjas celestes y blancas con un sol que ese día iluminó como nunca.

El 15 de noviembre, efectivos uruguayos evitaron la fuga de centenares de presos al enfrentarse con un grupo armado que pretendía liberarlos de la cárcel de Butembo, una ciudad de setecientos mil habitantes ubicada también en el nordeste del país.

Episodios similares, en los que hubo que actuar decididamente con nuestros medios militares, ocurrieron en las últimas semanas en otras localidades, donde nuestros soldados mostraron un profesionalismo tal, que no hubo que lamentar bajas propias ni en la población civil, generando el inmediato reconocimiento de las autoridades de la O.N.U., en el Congo y en Nueva York, y principalmente de las autoridades y el pueblo congolés.

Nuestro embajador ante la O.N.U., habló el pasado mes de diciembre sobre el prestigio de nuestras fuerzas y el respeto que merecen dentro de la comunidad internacional. *"...Uruguay se destaca por el compromiso que tiene, los uruguayos no miran para el costado..."* dijo el embajador Elbio Rosselli, sintetizando la opinión que se tiene en el máximo organismo internacional sobre el accionar de nuestros soldados.

Un video que se hizo viral en las redes sociales y que mostraba a un grupo de niños congolese huérfanos viviendo el nombre de nuestra patria nos hizo sentir un nudo en la garganta. Estas y muchas otras situaciones han dado lugar a la reciente edición de libros que ponen luz sobre lo que nuestros soldados han hecho y hacen para mejorar las condiciones de vida en pueblos devastados.

En una época en que todo parece medirse por los logros materiales, en que los seres humanos están encerrados en sí mismos cada vez más ajenos a la realidad que golpea con fuerza a su lado, creemos que es un motivo de genuino orgullo para todo oriental

bien nacido, ver a su bandera nacional desplegada en los rincones más castigados del planeta, transformada en un símbolo de solidaridad y de esperanza, ver a sus soldados dar un día sí y otro también sobradas muestras de heroísmo, ver a los hijos de esta tierra uruguaya reconocidos por la comunidad internacional, a la vez que conquistando verdaderos horizontes de grandeza.

Por lo hecho en el cumplimiento de la misión, pero sobre todo por lo hecho más allá del deber por tantos hombres y mujeres en el último cuarto de siglo y por nuestros caídos en esas Misiones, creemos que es de estricta justicia levantar un monumento que exprese el reconocimiento y agradecimiento de su pueblo, para lo que existe en este momento un proyecto de ley en el Parlamento.

Hoy forma ante nosotros una compañía que integra el Batallón que será desplegado en el Congo la próxima semana. Y también forman veteranos de ONUMOZ, la misión que la O.N.U. desarrolló en Mozambique a principios de 1993, al cumplirse 25 años de su primer despliegue. Al igual que lo hiciera hace un año el contingente desplegado en Camboya, desfilarán ante nosotros luciendo el gorro azul que hace un cuarto de siglo usaran en esas castigadas tierras africanas, en un exitoso proceso de paz que tuvo a los uruguayos como protagonistas.

Hoy, 18 de mayo, el Ejército celebra también el día del soldado. Y es por eso que ahora quiero dirigirme a nuestros soldados. Y cuando digo soldados no me refiero a una jerarquía sino a una condición. Soldados son los que sienten el uniforme que visten o que alguna vez vistieron. Soldados son los que, con un admirable espíritu de cuerpo y espíritu de sacrificio, luchan codo con codo para superar las dificultades que diariamente se presentan en el cumplimiento de la misión asignada. Soldados son los que abrazaron una vida de servicio a la comunidad, a sabiendas de que mucho antes que sus derechos están sus obligaciones. Soldado puede ser desde el recluta recién ingresado hasta el General más antiguo.

Y quiero sintetizar el sentimiento que hacia ellos nos anima con una sola palabra: gracias. Gracias soldados, por el esfuerzo diario que realizan para cumplir de la mejor forma posible las múltiples tareas y misiones que les son encomendadas.

Gracias soldados, por haber estado aquellas noches, aquellas madrugadas, aquel fin de año, aquel año nuevo en que la sociedad los necesitó. Gracias por la labor cumplida en la extinción de incendios, en la evacuación de miles de vecinos inundados, en la atención a los damnificados por la sequía, en la prevención de probables emergencias sanitarias.

Gracias soldado por haberse transformado en la esperanza de los más desesperados.

Gracias soldado por mantener vivo el ideario del Prócer, por respetar y hacer respetar los símbolos nacionales, por izar cada mañana la Bandera Nacional en todos los

rincones de la Patria, y en la Antártida, en el desierto de Sinaí y en las selvas africanas. Y por mantener al tope la bandera federal artiguista en el cerro de Montevideo.

Gracias soldados por cumplir calladamente con todas las obligaciones del servicio sin pedir nunca cuentas a la Patria, aún a pesar de que mientras en Uruguay la pobreza descendió al 7,9%, en el Ejército, con los mismos parámetros de medición, la pobreza alcance al 44,5%.

Gracias soldados por la lealtad que demuestran hacia sus superiores y, sobre todo, hacia sus subalternos. Gracias por la confianza que depositan en sus mandos naturales.

Gracias soldados por no reaccionar ante la provocación de aquellos que, respondiendo a intereses inconfesables, viven de la confrontación. socavando cualquier auténtico proyecto nacional.

Gracias soldados por haber hecho del Ejército Nacional la Fuerza de Todos, una de las instituciones con mayor aprobación entre la ciudadanía.

Señor Presidente de la República: tiene ante Usted formados más de un millar de efectivos que representan a los quince mil hombres y mujeres que integran al Ejército Nacional. Están prontos para desfilar rindiéndole honores, porque Usted es su máximo Comandante. Porque Usted, por decisión del pueblo uruguayo representa al Estado, representa lo que ellos defienden.

Quieren demostrarle el espíritu que los anima, la disciplina que los une, la cohesión de sus movimientos. Quieren expresarle a su manera que su voluntad de servir está intacta, que su moral está más alta que nunca, que el Ejército que integran está de pie y que nada ni nadie lo pondrá nunca de rodillas.

Usted Señor Presidente, podrá verlo en esos rostros de soldados sencillos, pero firmes Y entonces Usted y la ciudadanía toda podrán tener la tranquilidad de que sigue existiendo, con la fortaleza de siempre, con la convicción de siempre, el Ejército que naciera, junto a su inmortal Jefe, un día como hoy, en los campos de Las Piedras.

Muchas gracias.